

*El secreto de aburrir consiste en decirlo todo.*

Voltaire

Hace ya sus buenos dos mil años, distinguía Aristóteles dos clases de palabras: semánticas y apofánticas. Dicho en corriente castellano, como corrientes en griego eran las dos: palabras alusivas, palabras explicativas. Palabras que se contentan con hacer signos, palabras que se empeñan en declarar.

Aristóteles poseyó, para honra de la humanidad —más que de los filósofos—, entre sus muchas y excelsas cualidades, una ambigua —agridulce o verifalsa—: remachar tan ajustadamente palabra y conceptos, de suyo, independientes o remotamente emparentados, que por siglos de siglos han quedado clavados y atornillados. Remachó en lógica verdad y falsedad con palabras declarativas, y dejó a palabras alusivas —a esas palabras discretas que sólo indican, aluden, apuntan o hacen signos— sin valor alguno, ni de verdad ni de falsedad. Con ello quedaron fuera de la *lógica* —y por tanto, si era de teo-*logía*, onto-*logía*, socio-*logía*, psico-*logía*... Las palabras, en singular o en plural, de por sí alusivas integrarán el peculio de poesía, mística, literatura, retórica... , dominios en que pregunta descarada e insistentemente por verdad o falsedad, o en que exigir despiadadamente la irremisiblemente verdad o falsedad, son y suenan a indiscreción o mal gusto; o, para decirlo glosando ya a Voltaire, poner a mística, literatura y poesía... a que «digan todo», a que definan, dividan, desarrollen o desentrañen todo, sin caer en cuenta,

los que así se ponen de exigentes, que están pidiendo a mística, a poesía... que «nos aburran» que «el secreto de aburrir consiste en decirlo todo».

La ciencia, en su estado perfecto, se compone de un número bien determinado, finito siempre, de definiciones, axiomas, reglas de deducción y teoremas. El conjunto de axiomas —cual el de 20 en la geometría en Euclides— es conjunto alusivo: apunta a todos los teoremas en bulto, mas a ninguno en concreto; a todo lo demostrable, mas no a *todos* los teoremas, si por todos entiendo éste, éste, esotro... Puesto ante los 20 axiomas y reglas, demostrar este teorema —el de Pitágoras o el de Tales...— es tarea propuesta a la inventiva, a las ocurrencias más o menos geniales, a hallazgos de trucos, más o menos espectaculares, siempre imprevisibles. Por eso no es aburrido *hallar* la demostración de lo aún no demostrado; el aburrimiento acecha, inminente, cuando repetimos una demostración, que es lo aclarado ya, lo dicho y redicho ya, lo explicitado y desentrañado.

El profesor que, en clase, repite ante los alumnos una demostración que sabe de memoria, camino para él trillado, cae, al menor descuido, en aburrido, hasta en el tono de voz; los alumnos, para quienes cada paso de la demostración dice algo, mas alude al siguiente, no se aburren —hasta el paso final. Mientras el profesor no haya pronunciado la frase ominosa «que es lo que se había de demostrar», no se «ha dicho todo». El aburrimiento se insinuará, con pleno derecho y realidad, apenas el alumno haya entendido que realmente «se ha demostrado todo lo que se pretendía demostrar». Tras semejante *consummatum est* no queda sino morir, y emigrar a otro mundo. Quedarse es aburrirse. El teorema ya no tiene secretos, fuera del secreto, revelado y sentido, de aburrir, tanto más cuantas más veces se repita «su verdad». Uno por uno es uno, uno por uno es uno... son verdad; verdad aburrída, repetidora de lo mismo: «uno», «uno por uno es uno», «uno por uno por uno es, otra vez, uno»... Que la verdad más verdad, es aburrída lo muestra la repetición, el estado de perfecta aclaración, de total explicitación, de íntegro desentrañamiento.

Nadia aguanta, ni el más rabioso beethoveniano, que le toquen diez veces seguidas la sinfonía, sonata o trio de su

predilección; y no hubiera para semejante monomaniaco beethoveniano mayor condenación infernal que obligarle —a fuerza de milagros si hace falta— a escucharla toda una eternidad.

La Verdad, más Verdad, está expuesta a ser aburrída, si cae en la indiscreción de ostentarse íntegra, perfecta y totalmente.

Lo cual viene a decirnos que fuera infinitamente aburrída la ciencia axiomática, pues por plan pretende decirlo «todo», si el instinto del matemático no atacara los axiomas, que es el estado de máxima alusión, de mínima explicitación, de las posibles verdades demostradas, o teoremas.

Y no se libra la teo-*logía* de ese peligro: de aburrída. Se libera por la mística, por ese «no sé qué que quedan balbuciendo» todas sus proposiciones. San Juan de la Cruz, de quien son esas palabras, ese verso final de inestimable estrofa, lo supo de buen saber. Teólogo fue, y teólogo escolástico, para reduplicar la propincuidad a aburrído; místico fue, y

excelso; y por místico pudo percibir ese «no sé qué que queda balbuciendo» la más precisa, clara y explícita definición dogmática, texto escriturario o deducción filosófica. La teología piensa o se cree *hablar* de Dios. Después de mucho hablar, por volúmenes de volúmenes, quédase balbuciendo un no sé qué, un ella no sabe qué, que la libra de aburrída —y de aburrirnos.

Una íntegral fenómeno-*logía* fuera, por igual razón, la filosofía más propensa, próxima y propincua a aburrída. Fenomenología pretende, por plan constitutivo, hacer que todo aparezca, que todo pase de intención o intento significativo a cumplimiento intuitivo, a evidencia total y plenaria. Pasado el momento de tal revelación, ¿qué queda sino lo mismo, por sí mismo, desde sí mismo: el aburrimiento, sintéticamente indisoluble, de la identidad?

Por suerte la literatura, la poesía... no intentan declarar, aclarar, explicitar, desentrañar nada. Es la palabra en fase o estado de alusiva, indicativa, signifaciente, oracular, sibilina. Es la palabra «discreta».

Es falta de urbanidad, decimos a nuestro hijos, señalar las cosas con el dedo, indicarlas. No lo es señalarlas, indicarlas con una palabra. La ciencia —llámese teología, ontolo-

gía, geometría...— comienza por señalar las cosas con el de o, para terminar en tocarlas, deshace las, desmontarlas, desplegarlas y desarrollarlas.

Sigámosla en tal faena, mientras dura o se hace; mas tomemos conciencia progresiva de que, a medida y por los pasos con que algo se dice totalmente, el aburrimiento crece en proporción alarmante.

La Verdad *perfecta* es aburrida.

El Sistema *perfecto* es aburrido.

La historia, la poesía, la literatura... son verdad en fase de nacimiento, de creación de novedad, de alusión, o apertura al porvenir... No poseen el secreto de aburrir, porque, sencillamente, no se repiten; porque no son ni axiomáticas ni dogmatiqueras. No lo dicen todo.